



# LA HOJA de PARRA



## EDICIÓN ESPAÑOLA

Santa Isabel, 45. Apartado 547.—Teléfono 1843  
Horas: de 9 mañana á 4 tarde

### SUMARIO

### CARAS

CESAR JALON  
Sección vermouth.

### BONITAS

EDUARDO ZAMACOIS  
Sangre azul.

ANTONIA

CLARITO

DE

Nuestros artistas y la guerra.

CACHAVERA

FIDEL PRADO  
El mantón de Manila.

IGNACIO MUÑOZ  
Brisas, flores y placeres.

SALVADOR VALVERDE  
Canción pagana.

PACO MATEOS, TINO,  
RINCON y BÉTICO

Varios dibujos y retratos de  
Antonia de Cachavera y trío  
«Mary-Tito».



**5** cénts.

Apenas hace falta fijarse en ella para comprender que la populárisima artista es una espléndida mujer. Y con sólo fijarse un poquito, se da uno cuenta de que Antonia tiene exquisitas condiciones artísticas, porque no es tan fácil como á primera vista parece el género teatral en donde la Cachavera ha logrado triunfos indiscutibles. Entre estos triunfos puede incluirse la campaña que ha realizado recientemente en el Teatro Madrileño.

# SECCION VERMOUTH

## Crónicas serias.

**A**lgún ilustre pensador, de cuyo nombre no puedo acordarme, aunque sí puedo dar como detalle erudito el de que no era socio del Ateneo Científico y Literario, dijo que «la mentira es siempre más grande que la verdad, y que siempre tiene más importancia que lo que ocurre, lo que pudo haber ocurrido».

Esto no obstante, me propongo decir

### DEL VERANEO PRÓXIMO



—¿También este año voy yo á bajar el mundo á la estación? ¡Me va á mi cargando el armatoste este!

—No digas eso, Joaquín; porque con sólo verme á mí se comprende que mal dita la gana que tienes de que se acabe el «mundo».

hoy unas cuantas verdades de peso, pese á quien pese.

Hace algún tiempo que los periódicos—diarios ó semanales—festivos no tienen gracia. ¿Saben ustedes por qué? Porque la gracia la han acaparado unos cuantos ciudadanos que, viviendo fuera de la Ley, son los dueños de este país, pobre y divertido, denominado España.

Vivimos en época de acaparadores. ¡Que de algún modo han de llamarse!

Voy á presentarles unos cuantos.

Anda por ahí suelto un tal Prudencio Iglesias, célebre en la literatura contemporánea, con un par de puños de esos que suelen tomarse como término de comparación cuando quiere justipreciarse el tamaño de las lágrimas. ¡A los puños de Prudencio Iglesias se refieren, en efecto, los que dicen «me caía cada lágrima como un puño»!

Bien; pues este Prudencio, autor de mil libros interesantes de gran provecho para la juventud y para la Patria, ha decidido meterse á picador de toros.

Y por ahí le tienen ustedes paseando por la calle de Sevilla, y haciendo campaña, como los buenos, en favor de Gaona, á quien cree mejor torero que Joselito.

Claro que el indio no lo aceptará, á pesar de eso, en su cuadrilla, porque sería lo primero bueno que el indio hacía en su vida.

Es decir, que mientras el indio no hace caso de Prudencio Iglesias, Prudencio Iglesias está haciendo el indio con todo su talento.

¿Han oído ustedes hablar de Ezequiel Endériz?

—Ezequiel, profeta. Endériz... Endériz. ¿Será un pelotari?

No, lector: ni profeta, ni pelotari.

Endériz es otro truhan divertidísimo que, después de haber robado cuatro ó cinco producciones á Unamuno, se dedica á querer cobrar derechos de traducción de cuantas obras sicalípticas se representan, así en España como en el extranjero.

A propósito de Endériz, un periodista vallisoletano afirmaba, muy serio, que don Ezequiel tenía parte en el *Tenorio*, y lo más estupendo es que quien tal aseguraba es un gachó capaz de plagiarle á Dios un chiste. ¿Qué salado, verdad?

Hace poco entablé una polémica con un barcelonés apodado «Rovira y Ribera».

Este, desde la Ciudad Condal, insultaba á Endériz asegurando que en la traducción de *La cortina verde* Endériz no tenía parte.

Estotro, desde la Corte, desafiaba á «Rovira y Ribera», jurando que el periodista barcelonés no tenía parte en la traducción de *La cortina verde*.

Y he aquí que por primera vez en la vida se ha dado el caso de que dos discutiendo ó polemistas tengan razón, pues según se ha comprobado posteriormente, ninguno de los dos ha traducido la obra de referencia.

¿No es esto divertido, caballeros?

Pues la segunda parte — y en esta parte sí que ha metido mano Endériz — es como para tumbarse de risa.

Endériz ha escrito una obra en la cual la Xirgu tenía que quedarse en camisa, y Puga, hecho un pobrete, esto es, sin camisa. Ambos comediantes se han negado, naturalmente, á representar el papel, y le han traspasado la obra á la «Chelito».

Y ¡velay! Endériz, que se creía con derecho á cobrar el ídem de representación de *La cortina verde*, en la que no dió un plumazo, niega la paternidad de la nueva obra sicalíptica, y asegura, bajo palabra de honor, que la obra es mía.

¡Comprenderán ustedes que se trata de una obra de misericordia!

Si yo supiese cómo se llama el policía que desde hace luengos años corteja á una artista de varietés, añeja en su género, estamparía su nombre en esta misma línea.

El subordinado del Sr. Alanís no está, por lo visto, afecto al servicio de velar por la moralidad pública.

## LOS NUESTROS



## Ezequiel Endériz.

*La verdadera Tía Javiera; el traductor chipén de Julio Dantas, aunque alguien que se esconde detrás de «la cortina verde» diga lo contrario en un castellano que hace llorar de puro malo.*

Y en tanto que otros compañeros suyos denuncian y multan las obritas alegres del Chantecler, este gran *amateur* gestor de la empresa del Madrileño el contrato de la artista en cuestión, que, á su juicio, es una «estrella» en esas cosas.

La empresa no participa de ese juicio y desatiende el requerimiento del recomendante.

Pero éste pensará para su fuero interno, que si la empresa no comparte su juicio, tendrá que compartir otro juicio peor: el de faltas.

Y... no más verdades. Bastan por hoy, y aun sobran, ya que «la verdad es siempre menos interesante que la mentira».

CÉSAR JALON

COMPRE USTED

“De caballista  
á matador de toros,”

POR

Prudencio Iglesias Hermida.

## Sangre azul.

Se conocieron en un vagón del *Sud-express*, de Francia. Eran casi de la misma edad; dos veteranos de la vida que revelaban, en el pausado ritmo de sus ademanes y en las arrugas de su entrecejo, una historia de medio siglo. Uno de ellos, don Faustino Marchena, era médico: un médico del gran mundo, amable, elegante, ceremonioso, con un rostro cuidadosamente afeitado, los cabellos abarquillados sobre las sienes, los labios gruesos de los viejos libertinos, y esa mirada inmóvil y tranquila de los ricos que tienen sus deseos bien satisfechos. Su compañero de viaje, Daniel Alfaro, era mayordomo de los marqueses de Vélez-Guadix, á quienes, en calidad de tal, acompañaba en su viaje á Copenhague y á Londres. Era un individuo de mediana estatura, grueso, con una larga nariz de sátiro, que sombrea una boca aristofanesa de labios ri-

### DEL CIRCO



—No puedo continuar mi trabajo. Vea usted qué diferencia de tamaño de esta plierna á la otra. ¡Como que me duele la mar!

—¡Ah, señorita; yo la tengo más gruesa y no me duele!

sueños, y un rostro mofetudo que la risa congestionaba, dándole aquella expresión de ruidosa alegría que ilumina los semblantes flamencos de algunos retratos de Van-Dick.

Alfaro, siendo aún muy niño, entró á servir de espollique en casa de los Vélez; después fué nombrado cochero, luego ayuda de cámara, y más tarde los hijos de sus primitivos amos, que estaban acostumbrados á considerarle como ayo y mentor, le nombraron mayordomo.

El medio aristocrático en que ambos vivían estableció inmediatamente entre los dos viajeros cierta amistosa relación; todos los clientes de Faustino Marchena eran conocidos antiguos de Daniel Alfaro; á algunos de ellos les había conocido jóvenes, á otros, niños, y la historia íntima de todos le era perfectamente familiar.

—¡Qué feliz casualidad! —exclamó Marchena—. ¿De suerte que estando usted al servicio, desde hace treinta años, de los marqueses de Vélez Guadix, conocería usted al padre del actual marqués, al viejo don Gabriel?...

—¡Sí, señor; muchísimo!... ¡Le conocí soltero; figúrese usted!...

—Y, por tanto, conocería usted á sus primos, los vizcondes de Reguera, y al marquesito de Aguanil...

—Como á mí mismo; todos eran unos mozalbetes de quienes, si he de decir verdad, fui más amigo que servidor... Entonces la juventud nos hermanaba; íbamos juntos á los célebres bailes de Capellanes, y en más de una ocasión usé de sus trajes y hasta de su nombre.

Así continuaron charlando entusiasmadamente, sin fijarse en las pintorescas lejanías que desfilaban ante la ventanilla del vagón, y sintiendo que aquella comunidad de amigos y de recuerdos les atraía.

—¿Y á Clementina, la querida del anciano don Gabriel, la conoció usted?—preguntó Marchena.

—También. Entonces era yo cochero, y contadas fueron las noches en que no tuve que ir á buscarla á la salida del Teatro Real.

—Murió...

—Sí; murió de parto... No quiero recordar lo que trabajé y padecí en aquella noche memorable. Creí que el pobre marqués se volvía loco...

—Sin embargo—interrumpió el médico, sonriendo—, el hijo no era suyo.

—No; y por muy sabido, nada dije de ese secretillo de alcoba; el verdadero padre del niño fué el vizconde de Reguera,

don Fernando... Muerto don Gabriel, su primo reconoció al hijo de Clementina, y ahora le tenemos de agregado en una Embajada.

—Por lo visto —repuso Faustino—, usted estaba al corriente de todas las trapisondas del marqués.

—De todas, sí, señor; sé las artes que empleó para provocar un alza repentina en los aceites andaluces, estratagema algo sucia, ciertamente, pero con la cual ganó una millonada; y qué ardides le entregaron todas las acciones de la mina de Rocamor... Y conocí también á todas sus queridas: la célebre Panietti, primera bailarina de Variedades; Amparito, á quien llamaban en Fornos la *Cuchara*; y á Juana Galligo, la viuda del conde Prápera...

Mientras esto decía el viejo mayordomo, Faustino Marchena se frotaba las manos con ese contento de los hombres locuaces á quienes regocija la perspectiva de una larga y bienazonada conversación. Después, Alfaro sacó de un cesto una botellada Jerez añejo y algunas suculentas municiones de boca, y empezaron á comer; y conforme les manjares les fortalecían el estómago, el vigoroso zumo jerezano iba aturdiéndoles el cerebro y dando al traste con sus prudentes miramientos de hombres mundanos.

—Aquí, para entre nosotros —exclamó Marchena—, debo decir que don Gabriel fué un crapuloso incorregible que mató á su mujer, la pobre Clotilde. Todos creen que su primer parto la enfermó de la matriz; pero lo cierto es que murió de una enfermedad vergonzosa... Yo, como médico de la casa, lo sabía todo...

Daniel Alfaro se encogió de hombros.

—¡Ah, ya lo sé! —dijo—. De casi todas las enfermedades de las mujeres, son responsables sus maridos.

Por circunstancias especiales, aquellos

## UN NOVIO GENEROSO



—¿Verdad que te gustaría tener un niño como éste?  
—Chica, no soy tan egoísta; preferiría que lo tuviésemos los dos.

dos hombres de tan diversa clase y condición, resultaban compañeros; se habían criado respirando el mismo ambiente y luego, el uno, en su calidad de médico, y el otro, en su calidad de criado, conocían todos los delitos, todas las intimidades vergonzosas y todas las miserias de la carne noble.

Continuaron charlando, sacando á relucir sabrosas consejas del tiempo viejo; apurada la botella de Jerez, empezaron una de viejo Burdeos, y, al fin, concluyeron por encontrarse en ese estado de inconsciente locuacidad que caracteriza el primer período de embriaguez. Entonces ocurrió algo horrible: un análisis minucioso, una disección cruel de lo más refinado y selecto de la sociedad patricia. El lacayo vendió sus secretos de los grandes,

cuyo hogar y cuya mesa compartía; y el médico, ese confesor á quien los hombres descreídos declaran únicamente las íntimas torpezas de su carne, también vendió los suyos... aquellos que sus clientes atribulados le confiaron en el misterio religioso de la clínica.

—La sociedad en que vivimos —dijo Daniel Alfaro— es plantío fecundo de vicios. No hay hombre que sea fiel á su mujer, y contadas son las esposas que no han traicionado alguna vez á su marido... ¿Qué quiere usted?... La inacción, las riquezas y los bailes, son muy flacos consejeros de la virtud. Los hombres viven en los casinos y en los teatros, é improvisan partidas de caza y viajes que les mantienen alejados de su hogar; las mujeres, entretanto,

piensan en la modista, en los saraos, y, si son madres, el temor de aviejarse las impide amamentar á sus hijos. Y... ¡tal vez sea un disparate!... Pero creo que la leche de esas nodrizas, que para serlo se prostituyen con el primer advenedizo, no puede ser una leche honrada. Y yo soy de los que dicen que los buenos sentimientos se maman... No es, pues, de extrañar que las hijas de los aristócratas suelen ser tan frágiles, y los hijos tan libertinos...

Hablando, así los ojos saltones de Daniel Alfaro guiñaban con expresión perversa, y sus finos labios sonreían mostrando las dos hileras de blancos dientes de un antiguo lacayo presumido. Luego, continuó:

—Las niñas de nuestros amos se crían en un ambiente malsano, viciado por ocio-

## DE LA VIDA

TINO



—Vamos á ver: nosotras tres, ¿qué somos? ¿Un trío ó un terceto?  
—Lo que somos nosotras, lo sabe «tó» el barrio, mujer.

sidad, la lectura de novelas pasionales y la música. La música ha marchitado más virginidades que el sol. Y si esto ocurre con las solteras, ¿qué no las sucederá a las casadas?... En la soledad, lo prohibido aparece orlado de encantos irresistibles, la carne prepotente reclama sus derechos, y en esos momentos en que la sangre corre presurosa y parece que hasta los vestidos acarician la piel, no es difícil que la mujer olvide su estado y rango entre los brazos del primer lacayo atrevido... Realmente *ellas*, obrando así, proceden discretamente: en nosotros hallan los mejores amantes, los más sumisos, los que no pueden jactarse de su posesión y avergonzarse... ¡Ah, si yo alguna vez tuviese el capricho de escribir mi historia!... Sería una narración extraordinaria, escrita con sangre de nobles...

—Así es, así es —repetía el médico—; yo, por mi profesión, también conozco minuciosamente el cuadro sinóptico de las vergüenzas humanas. Por mi clínica han desfilado centenares de «caballeros respetables», magistrados, senadores, etcétera, etc., que después de asegurarse que todas las puertas estaban bien cerradas, me confesaron su enfermedad... Uno de esos padecimientos secretos que suelen adquirirse frecuentando los bastidores de los teatros. Luego se han ido, rogándome una discreción absoluta y asegurando que su mal nadie lo sabía... Lo triste, lo lamentable, es que días después han vuelto para decirme con grandes ambages que sus mujeres, sus pobrecitas mujeres, la respetable señora marquesa de R. ó la vizcondesa de A. también... «Avúdeme usted —me han dicho—, á engañar á la sociedad; procure usted que tampoco mi inocente mujer sospeche nada nunca.» ¡Oh! ¡Si *ellas* supiesen que todos esos achaques que nosotros llamamos catarro de matriz, enfriamientos, desviación del útero, etc..., son nombres inventados para disimular las criminales vergüenzas de lo Incomunicable!...

Daniel Alfaro, que acababa de vaciar su botella de Burdeos, lanzó una carcajada brutal.

—¡Me parece —dijo— que acabamos de destapar una sentinal

—Si —contestó Marchena, á quien la borrachera iba amodorrando—; esto está podrido. Los hombres crapulosos, las mujeres livianas, y los hijos... los hijos blandengues que no heredan con el apellido los humores de su padre enfermo, es por

que llevan en las venas sangre plebeya, sangre de lacayo...

—Así es —repuso Alfaro—; nuestro patriciado es un gran pudridero, un gran pedazo de carne abyecta y triste que agoniza; un reguero de sangre azul que corre desde las alcobas á los hospitales, después de recoger todas las impurezas de la mancebía...

EDUARDO ZAMACOIS

### CURIOSIDAD FEMENIL



—¡Vaya unos impermeables más raros los de estos visitantes de mi ama! ¿Pues no llevan gomas en el bolsillo?

Para toda clase de trabajos tipográficos, dirigirse á la

Imprenta de "Ediciones España,"

Calle de Santa Isabel, 45.



## Nuestros artistas y la guerra.

**El trío «Mary-Tito».—Bailarín, torero y pacifista.**

**P**ongamos por delante, que es por donde deben ponerse las cosas, que yo no soy para esto de las entrevistas un «caballero audaz». No soy ni audaz, ni caballero.

La labor de entrevistarse con las gentes para conversar con ellas, no es empresa al alcance de todos. Y lo es mucho menos para mí, que tengo el feo vicio de hablar mucho y no dejar meter baza á nadie, por cuyo motivo resulta que en las entrevistas, el entrevistado soy yo.

Pues bien; si entrevistar á un artista no es tarea fácil, díganme ustedes qué sucederá cuando se trata de hablar con un trío. ¡Con un trío de una vez!

Porque el trío «Mary-Tito» es un trío «de una vez». Lo digo yo, y «no hay quien lo mueva». (Este modismo es propiedad del Diccionario de unos germanófilos que discuten la guerra en el café Colonial, según se entra, á manc derecha.)

El público de toda España y el de distin-

tos puntos del extranjero sabe del valor artístico de este maravilloso trío más de lo que yo pudiera decirles.

Además, hechos cantan. A los «Mary-Tito» les llueven los contratos. Nunca están parados estos artistas. ¿Cabe mejor elogio de unos bailarines que el de asegurar, bajo palabra de honor, que nunca están parados?

Si, señores; los hechos cantan. Y... los «Mary-Tito» bailan. Muy bien, por más señas.



Trío «Mary-Tito».

No quisiera ofender ni á la bellísima «Mary», ni al menor de los «Titos», á quienes no regateo un ápice de la gloria artística que les corresponde; pero, en la imposibilidad material de hablar con todos tres al mismo tiempo, di preferencia al «Tito» mayor, que para eso es el cabeza de familia.

Hace pocas noches rondaba yo los alrededores del Teatro Madrileño.

—¿Qué hace usted por aquí?— me interrogó una voz conocida.

Y al contemplar frente á mí, al «Tito» primero, recordé que es-



taba en cartera para una entrevista, y agregué rápidamente, para disimular el objeto de mis paseos por aquellos lugares:

—Pues le esperaba a usted. ¿Quiere usted decir á los lectores de LA HOJA en qué le ha perjudicado la guerra?

—Pues, hasta la fecha, en nada. Otra cosa fuera si el día de mañana interviniese Espiña en el conflicto. Mi hermano y yo tendríamos, entonces, que engrosar las filas del Ejército. Eso, después de todo, no era lo peor, porque, efectivamente, me hace falta «engrosar»; pero á la pobrecita Mary se le quitarían las ganas de bailar para un rato, amén de que sola, ella, que está acostumbrada á bailar con dos, se aburriría suficientemente.

—¿Está usted, pues, muy satisfecho al presente?

—Hombre, le diré á usted. Yo sería más feliz siendo torero. Tengo afición y entiendo bastante. Hace poco toreé una becerrada; por torear la cual, cualquier fenómeno hubiese pedido diez mil pesetas. Pero ya es tarde. Por otra parte, en cuanto el público se enterase de que yo era bailarín —y se enteraría en seguida—, habría que oír las frases de los del tendido de sol:

«Mejor estabas bailando la jiga. ¡Buena faena para acompañada con música de un minuét!»

No tengo, pues, más remedio que resignarme y ser bailarín. Y, como decía el otro, «que no falte»...

—¿Y qué teatro le gusta más?

—Nosotros hemos recorrido todos los de España, y de todos ellos guardamos grato recuerdo; pero en este Madrileño, donde, desde la Empresa hasta el último espectador nos tratan como en familia, se nos pasan los días sin sentir.

Todavía, antes de despedirnos, me rel-



—No digas que Silverio te da mala vida. Ya ves la tratada que le has hecho ayer, y te ha perdonado.

—Sí; pero tengo miedo por lo que me pueda hacer en la próxima...

teró el «Tito» su optimista impresión del tiempo que corremos (del tiempo que «bailamos», como él dijo).

—Estoy muy contento —terminó.— La cuestión es que no intervengamos *Donc nobis pacem*. La paz, sobre todo. Y diga usted á los lectores del simpático semanario, que soy bailarín, torero y... pacifista.

Queda complacido el «cabeza» del estu-  
pendo trio de baile.

CLARITO

DEL MADRID CASTIZO

## El mantón de Manila.

Aquella tarde alegre, bulliciosa, llena de luz, salió Amparo del taller más alegre que nunca. Influida por un algo extraño é inexplicable, sentía circular por sus venas la sangre, más revoltosa que otras veces. Diríase que la electricidad de su cuerpo habíase centuplicado por arte de encantamiento y que al subir coquilleante por la medula hasta el cerebro, prendía en éste deseos dementes que no acertaba á comprender, algo muy grande que se destacase de la vulgaridad monótona de su sempiterno vegetal.

Ya en la calle, respiró con ansia el aire enervante de la tarde estival que se le adentró como una caricia halagadora, haciendo estremecer sus erectos senos, que crepitaban bajo la transparencia de la blusa azul, como dos mariposas presas entre gasas. Las ascuas negras de sus ojos moros bucearon inquisitoriales entre la multitud que desfilaba sin prisa por las aceras buscando algo que no encontraba. El desencanto de no hallarlo, dibujó en la pincelada roja de sus labios un mohín pícaro de disgusto, y las carreras de sus dientes menudos, que eran como dos diminutas sierras de marfil, mordisquearon sañudamente el abanico.

La contramedad, aun esperándola, fué muy honda. Antonio, su Antonio, aquel ser mezcla incongruente de señorito granuja y chulo castizo que había sabido poseer la gracia de enamorarla, tomando por lo trágico el regaño de la tarde anterior, no había vuelto á buscarla, según prometiera.

—No vuelvo —dijo con seriedad—. No vuelvo hasta que tú no me llames. Piénsalo y elige. O vienes esta noche conmigo á la verbena, ó dame por perdido para siempre...

¡Ah, el granuja, cómo había sabido lanzar el golpe á su fibra sensible! ¡Y que hacía ella en tan apremiante caso? Llamarle equivalía á ceder en su orgullo de mujer, á otorgarle la supremacía de voluntad y mando sobre su albedrío algo alocado, y... á algomásgrave, que en aquellos momentos, obsesionada por la contrariedad, no comprendía en toda su magnitud; pero no ceder equivalía á perder su cariño para siempre y no disfrutar de aquel plan magnífico que él con voz meliflua y callada le fué exponiendo como un espejuelo para fascinarla.

Ensimismada en el vértigo de sus pensamientos, cerró los ojos, y en el vacío de su oscuridad revelóse el cuadro lleno de luz: vióse muellemente recostada en un coche, destacando sus curvas bravas bajo la llamativa seda de aquel soberbio pañolón de Manila que tantas veces había contemplado con envidia en el escaparate de una casa de empeño, y que él le prometiera solemnemente para aquella noche; vióse triunfante como una reina en la noche verbenera, al lado de su Antonio, provocando admiración y celos de las demás hembras, al pasar bajo el encaje fragante de los árboles que rodean la ermita del sante milagroso, y... ya no quiso ver más: olvidóse de su madre, de sus hermanos pequeños, del decir de la gente, que se celebraría en su ya bamboleante fama de honrada; se olvidó de su propia honra, que aquel día iba á librar seguramente la batalla más grande de su vida, y no vió más

### FLORES CORDIALES



(Este año se abusó del transeunte en la Fiesta de la Flor. A este paso no se celebrarán muchas fiestas, ó se celebrarán á «este paso».)

que su Antonio, la alegría bulliciosa del lugar de la fiesta, cohetes, farolillos multicolores, música, flores, y, sobre todo ello, como un palo fantástico, aquel pañolón manileño de rosas sangrientas y flecos desmesurados, que sería sobre su cuerpo castizo como el manto esplendente de una soberana...

Con resolución irrevocable llamó á un pilluelo que huroneaba por todas partes como un gorrión, y dándole unas monedas de cobre que llevaba en el fondo del bolsillo, le dijo:

—Vete á la Peña; allí preguntas por don Antonio Anguita, y le dices: «De parte de Amparo, que la espere usted á las ocho en el Bar Cascorro, que irá»... ¡Ah! Le dices también «que no se le olvide el mantón de Manila»... ¡Correl...

El golfillo la contempló con seriedad cómica, hizo un guiño pícaro con sus ojillos, que fué toda una glosa, y marchóse murmurando con admiración:

—¡Gachó, qué suerte tienen algunos señoritos!

Amparo sintióse halagada por la admiración ingenua del golfillo, enarcó gallardamente su busto de diosa, y, con paso rítmico y menudo, pasó triunfal entre los grupos de curiosos, que prendían en ella la lujuria de sus miradas...

—¡Oye, tú: no seas sinvergüenza, que t'arrimas demasiado y la gente s'está fijando en nosotros!

—¡Que se fije; es envidia pura!

—Bueno, pues si no bailas con más formalidad, lo dejas.

Terminado el *schotis*, Antonio insinuó una proposición:

—Oye, chata: ¿quieres que demos una vuelta por Puerta de Hierro para respirar un poco? Aquí hace mucho calor.

Amparo, que sentía latir el fuego en su cara roja como la amapola, por efecto de la bebida y el tumulto, aceptó la idea.

Salieron de Niza, y montaron en el coche de nueve.

Atrás fué quedando el foco multicolor y sutilante del alumbrado de los puestos y el zumbido molesto de la multitud bullanguera. En el claro oscuro de la carretera semejaba el coche un fantasma silencioso pasando revista á las filas uniformes de los árboles.

Las manos de Antonio —manos de brujo— perdíanse sabiamente bajo las rosas del mantón, obligando á Amparo á estre-

mecerse voluptuosamente, mientras su boca hacía una osada proposición.

—No, no; eso no, Antonio —replicó ella con una firmeza que no era tal; pero él, gran conocedor del corazón femenino, la cortó la frase con un beso, gritando al auriga:

—¡Cochero, vuélvete! Calle de... número...

El vehículo, como un meteoro, atravesó

## REFRESCOS BARATOS



—Me han servido el refresco con la misma paja de ayer. ¡No he visto cosas mejor aprovechadas!

el núcleo de gente. El cochero, hombre práctico y corrido, comprendiendo que del resultado de la carrera dependía un plan bien combinado, y en su consecuencia, una propina equivalente, fustigaba el caballo sin piedad.

Cuando llegaron al lugar indicado, la calle aparecía solitaria. Amparo, con la inconsciencia propia de la semi-embriaguez que la dominaba, apeóse del carruaje como un autómatas. Sus ojos, ahora con expresión estúpida, no vieron más que una casita de rojos ladrillos con un portal discreto envuelto en vaga penumbra, y á su

lado la figura agigantada de Antonio, su ideal, su vida, su todo...

El sol colábase discretó por las entreabiertas contraventanas de un gabinete coquetón. Amparo, al sentir en sus ojos la caricia cosquilleante de la luz, despertóse sobresaltada, pasando muda revista y tratando de fijar sus recuerdos.

¿Dónde se encontraba? Su cuerpo escultural descansaba muellemente en una cómoda y coquetona cama de nogal. Amparo recordó la noche anterior, é incorporóse sobresaltada buscando á Antonio inútilmente.

Al incorporarse vió una cosa que acabó de trastornar su razón.

Bajo ella, recibiendo como un homenaje la idealidad de sus líneas apetitosas, extendíase reglamente aquel suspirado mantón de Danila, de enormes flores y flecos esplendentes. Sobre el tono algo deslucido del bordado, destacábase con rudeza una mancha oscura. Era la blanca flor de su pureza, que el dios Amor había transformado en rosa color de sangre.

Antonio, en un refinamiento de ironía salvaje habíale dejado como pago el espejuelo que sirvió para fascinarla.

Amparo, al recordar lo que ya no tenía remedio, lloró con desesperación, estrujando rabiosamente la seda del pañuelo, que en sus convulsiones frenéticas iba arrojándose al marfil de su carne como una gloriosa bandera de sacrificio...

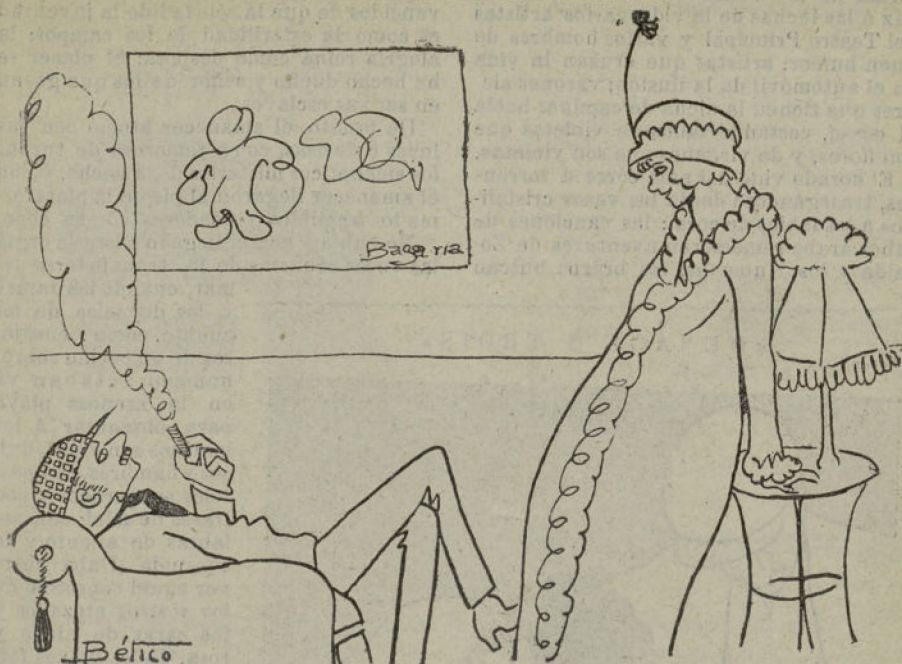
FIDEL PRADO

### DEL AMOR MERCENARIO



—Desengáñate, Ramón: el amor es un capital que debe reportar algún interés.  
—Está bien entonces que pidas un interés. ¡Pero si tú pides un capital!

## AL LLEGAR DE LA ALDEA



—Pero tú, primita, que acabas de llegar del pueblo, no puedes tener experiencia.  
—Hombre, eso será según qué clases de experiencias quieras hacer...

## Brisas, flores y placeres.

**A**llí está la «Venta de Joselito» —me dice un amigo complaciente, Manolito Maese.

Y mi vista, al fijarse en el punto designado, se queda dulcemente adormecida como por los placeres de un ensueño. La fantasía, creando á su capricho el paraíso de sus deseos, no podría añadir un encanto más á lo que nuestros ojos contemplan.

La «Venta de Joselito» tiene como fachada —mejor pudiéramos decir que como vestíbulo del cielo—, un maravilloso jardín donde el arco iris ha dejado, sobre tapices de rosas, la luz de diversos cambiantes que matiza corolas y pétalos. Un bosque de flores ensombrece misteriosamente sendas enarenadas, en las que la brisa murmura secretos de labios frescos y húmedos que libaban la vida en la inenarrable brevedad de un beso. Jacintos, rosas, peonías y azucenas; margaritas, magnolias y claveles: esencias de un múltiple y

divino perfume que sublima los sentidos; panorama ideal de un más allá del que no creíamos ejemplares en este mundo de los seres de barro.

Por la parte posterior, la «Venta», como queriendo escapar de una tivona prosaica, tiene una plataforma que hunde sus cimientos, de pies derechos, en el mar. Por un lado, besan á la finca el sol y las rosales; por el otro, la acarician las verdiblancas olas que, para llegar hasta ella, vienen saltando, como niñas revoltosas, sobre el azulado lomo de la inmensidad de las aguas.

Si unimos á esto la amabilidad, galantería y discreción del dueño de este cielo-cito, con razón podríamos preguntar á los cuatro cuartos de la brújula: ¿Dónde está el Edén?

Era una noche hermosa; una de esas noches que parecen hechas á propósito por Dios para la Málaga de mis cariños.

En una estancia de la ya citada plata-

forma de la «Venta de Joselito», daban paz á las luchas de la vida varios artistas del Teatro Principal y varios hombres de buen humor; artistas que cruzan la vida en el automóvil da la ilusión; varones alegres que tienen la dicha de caminar hacia el ocaso, cortando tallos de violetas que son flores, y de vírgenes que son violetas.

El dorado vino del país corre á torrentes, trasegándose desde los vasos cristalinós á los labios de coral; las canciones de sabor árabe rememoran aventuras de Zoraida y los Humeyas; los brazos buscan

otros brazos y las bocas otras bocas, convencidos de que la soledad de la juventud es como la esterilidad de los campos; la alegría reina como déspota; el placer se ha hecho dueño y señor de los que gozan en ser sus esclavos.

De pronto, el amanecer asomó con sus luces indecisas, como temeroso de turbar los sicalípticos misterios de la noche, y con el amanecer llegaron al pie de la plataforma los humildes pescadores con su copo.

No habían, acaso, llegado hasta la orgía las voces robustas de los trabajadores del mar, cuando las damas y los donceles de mi cuento, como mensajeros de un cariño sobrehumano, estaban ya en la arenosa playa para obsequiar á los marinos con vinos, dulces y fiambres, con pasteles azucarados y con frases de miel; con palabras de aliento y de consuelo. ¡Daba gusto ver aquel consorcio de los rostros atezados y las caras de nieve y rosa; de los brazos fornidos y angulosos, con los brazos de redondeces angélicas hechos para abrazar ideales de amor!

« MENAGE A TROIS »



—Bueno, pues para no reñir, cada cual por su lado. ¡Hala!  
—Mira, Celes, lo primero es saber Gramática: se dice «cada cual por un lado».

¿Quiénes son esas artistas de corazón tan grande?

Las que el público juzga, generalmente, con una ligereza punible; las sacerdotisas de un templo que tiene por altar el cariño; las que tienen en su pecho, de corales y alabastro, lugar bastante para el placer y la caridad; las que son diosas de Cupido y siervas de Jesús; el ser espiritualizado que, sin dejar de ser hembra, se eleva, por la grandeza de su alma, hasta el pináculo de la Humanidad, digna de admiración y de respeto.



## CHIQUILLADAS

—El peor enemigo  
del alma, es la carne.

—Pues ¡cómo estará  
el alma de usted, pa-  
dre!

¡La «Venta de Joselito», del primo del  
Papa taurino! ¡La «Venta» de las brisas,  
de las rosas y los placeres!

¡Quién pudiera conservar siempre tu  
recuerdo, lo mismo que se conserva un  
relicario de la Virgen!

IGNACIO MUÑOZ

## Canción pagana.

Una canción de paganía  
que hasta tu oído lleve el viento  
quiero cantarte, amada mía,  
en este lúbrico momento.

Una canción de paganía  
que los espíritus aloca,  
y que es tan dulce, amada mía,  
como los besos de tu boca.

Una canción de paganía  
que torne débil tu alma recia  
con la durmiente melodía  
de un loco sátiro de Grecia.

Para lograr adormecerte,  
Pau, me dará su flauta ruda,

y cuando duermas he de verte  
esculturalmente desnuda.

Tendrás los párpados caídos  
sobre el carbunco de los ojos,  
los senos cálidos y erguidos,  
frescos los breves labios rojos...

Y en un momento de locura,  
con vivas ansias de gozarte,  
iré... besando tu escultura,  
á flor de piel, sin despertarte.

SALVADOR VALVERDE

Agentes exclusivos en Sud América  
MASIP Y COMPAÑIA  
RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones «España»

Agente exclusivo para los anuncios de LA  
HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

## Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de LA HOJA DE  
PARRA en Madrid. Abada, 22, tienda.  
Reparte toda clase de periódicos y revistas

IMPRESA

DE

Ediciones España

Calle de Santa Isabel, 45.

Apartado 547. MADRID Teléfono 1.843.

LA INGLESA

Primera casa en gomas  
higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)  
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

Catálogo gratis enviando sello.

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos bienorrágicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España) el método explicativo infalible.

## Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después!

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturban ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España.—En Madrid, Fé, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo certificado, enviando 3 pesetas por Giro postal á Archivo. Apartado 432, Madrid.

## CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. = Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, diríjense únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.ª derecha, Madrid (Casa fundada en 1896).—Biblioteca privada.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—Exportación, por mayo, de revistas ilustradas y periódicos á los señores libreros y correspondientes de España y América.